

MENENDEZ PIDAL

AL cabo de tres cuartos de siglo de espléndida y abundante actividad creadora, ha muerto en Madrid don Ramón Menéndez Pidal. Nació en La Coruña en 1869, dentro de cuatro meses hubiera cumplido los cien años. Su padre, magistrado, renunció a su cargo por razones políticas; a raíz de esa renuncia la familia se trasladó a Oviedo, donde vivirían algunos años.

Don Ramón hizo sus estudios de Filosofía y Letras en la Facultad de Madrid. Alumno de Menéndez Pelayo, consigue el doctorado en 1892, al tiempo que inicia la redacción de su estudio sobre el "Poema del Cid", primer capítulo de toda una obra (1) que sólo concluiría con su muerte y que sería premiado, en 1895, por la Real Academia Española. Cuatro años más tarde obtiene la cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid. Ingresa en la Real Academia Española en 1902, siendo Menéndez Pelayo el que pronunciara el discurso de bienvenida. Estudia el provenzal en Toulouse y se lanza a la búsqueda de material lingüístico y de poesía tradicional por nuestra Península. Unos años antes, en 1900, se casa con la que se convertiría en su más eficaz y directo colaborador: doña María Goyri, a quien conoció en la madrileña Facultad de Letras, donde fue la primer alumno femenino matriculado en enseñanza oficial.

Al margen de su trabajo docente y de investigación, don Ramón fue encargado por Alfonso XIII para arbitrar un conflicto territorial que oponía, en 1905, a Perú y Ecuador. Después que hubo cumplido su misión, aprovechó su estancia en América para viajar por Chile, Argentina y Uruguay. A su regreso, funda el Centro de Estudios Históricos y la "Revista de Filología Española". Prosigue sus frecuentes viajes por el extranjero y su obra se traduce a varias lenguas.

En 1916 —y a instancias del gobierno francés—, Menéndez Pidal tuvo ocasión de visitar algunos de los frentes de batalla de la guerra que destruía Europa. El prestigio de

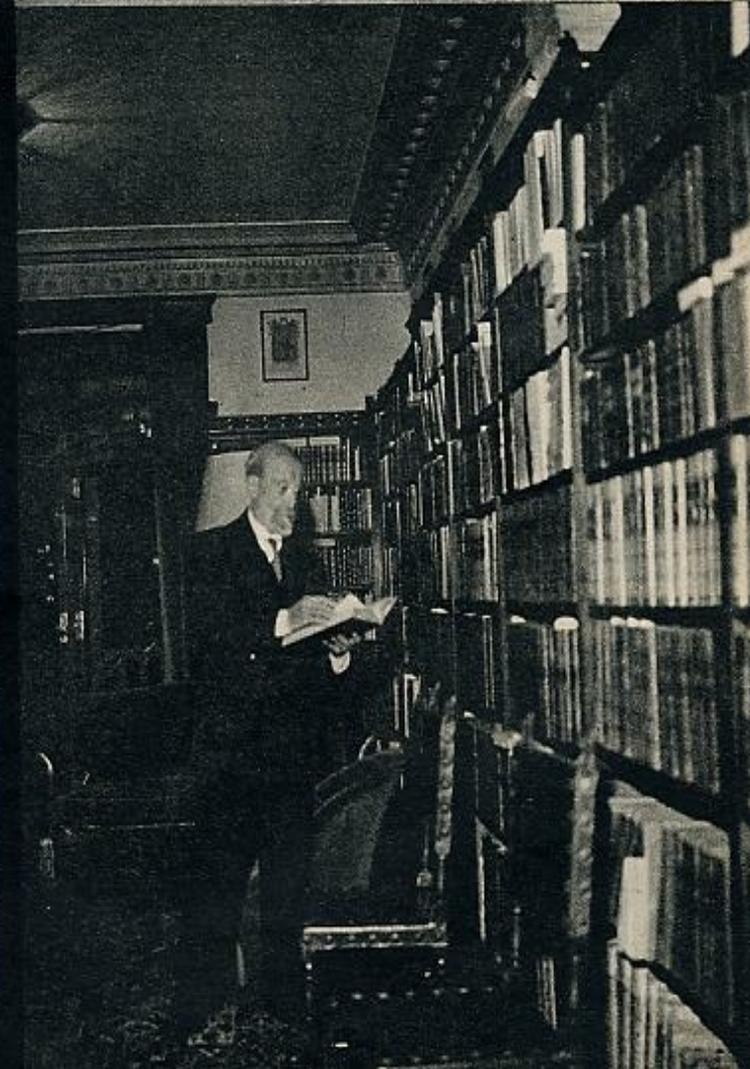
nuestro primer filólogo e historiador sigue creciendo en el extranjero. A su investidura como doctor "honoris causa" por la Universidad de Toulouse (1921) seguirían la de Oxford (1922) y la Sorbona (1924). Un año más tarde es elegido director de la Real Academia Española.

Cuatro años más tarde, en 1929, escribe a Primo de Rivera su célebre carta en defensa del Fuero de la Universidad. Los años de nuestra guerra civil los pasa en el extranjero. Después de una serie de breves cursos en las Universidades de Toulouse y La Habana, ocupa un puesto de profesor en la "Columbia University". Vuelto a España poco después de finalizada la guerra, dedica especial atención a la investigación de temas históricos referidos a la conquista y colonización de América. En 1947, la Real Academia le elige de nuevo como director, puesto en el que permanecería de modo activo hasta su muerte.

De él ha dicho Dámaso Alonso: «que inició en España el estudio metódico y riguroso, con técnicas nuevas, de los temas históricos y literarios: su punto de arranque es el estudio pormenorizado de los textos. La filología española había vivido durante el siglo XIX casi totalmente aislada del mundo exterior. Mientras tanto, en Europa, la historia positiva del lenguaje había tenido un crecimiento de maravilla, y también la historia literaria empleaba métodos de análisis mucho más precisos».

Hasta el último momento don Ramón conservó intactas sus facultades, dedicando ocho horas a su diario quehacer. Ejemplo único de actividad, el ilustre filólogo e historiador remataría —al filo del centenario de su nacimiento— una parte muy importante del conjunto de su voluminosa obra. Así ha muerto don Ramón, dedicado hasta el último momento de su vida a lo que siempre fue su pasión: su trabajo.

(1) «Cantar del Mío Cid», «Leyenda de los Infantes de Lara», «Crónicas Generales de España», «Manual de Gramática Histórica Española», «Poesía juglaresca y Juglares», «Orígenes del español», «La España del Cid», «Flor nueva de romances viejos», etcétera.





A PARTE de la exposición y el análisis de los estudios y aportaciones de orden científico de Menéndez Pidal, no puede soslayarse una consideración, por apresurada que sea, del significado de su actividad y actitud públicas en diversos momentos de su dilatada biografía. Formado en la ideología liberal de la Institución Libre de Enseñanza, inserto en un universo intelectual cuya influencia sobre la «praxis» política en muy concretos capítulos de la historia española contemporánea respondió a los valores preconizados y establecidos por las revoluciones inglesa y francesa, director del Ateneo durante un tiempo, vinculado por razones de amistad y de comunes presupuestos, bien metodológicos, bien ideológicos, con los más destacados filósofos, pensadores y científicos de su época, su acción en el orden público, siempre sobria, siempre moderada, constituyó una consecuencia del esquema prevaleciente en la posición de esos compañeros, algunos de los cuales, partidarios de un «elitismo» a ultranza, abandonaron el campo político con un escéptico «no es esto...» al comprobar la falta de coincidencia entre sus concepciones idealistas, sus nociones éticas pequeño-burguesas, y los planteamientos mayoritarios que configuraban una realidad tan contradictoria y desgarrada como la española. Hombre radicalmente honesto en todos sus actos, fue leal a sus valores hasta el final, y no puede ni debe juzgársele en este sentido, como no sea para elogiar su actitud humanista, aunque en muchos aspectos no se ajustara estrictamente a la estructuración histórico-social de nuestro tiempo.